

Luis Ángel Abad



ANG
ST. 19

Inventarios Incendiarios



ANGST 19 es una colección de libre uso impulsada por CVLTO, alimentada de manera solidaria por autores que han experimentado en su obra con el concepto de angustia generado por la crisis del *Covid 19*. Compártelo con libertad.

—Abril de 2020.



cvlto.com/angst_19

INVENTARIOS INCENDIARIOS

Luis Ángel Abad

Hay una típica escena en las películas donde dos personas duermen en la misma cama. Una de ellas se ha levantado a medianoche sin que la otra se entere. Vuelve a la cama y se mete a hurtadillas intentando que la otra no despierte. La cámara enfoca a la persona que parece dormir plácidamente. Pero cuando el insomne por fin se acuesta, la cámara muestra a su pareja abriendo los ojos y entendemos que se ha enterado de todo. Lo que no sabemos en ese momento, porque la cámara se centra en el personaje que se hacía el dormido, es que la otra persona, que se acaba de acostar, abre los ojos también tras hacer como que duerme por un instante. En lo que no reparan ambos personajes es en que el cámara les filma con los ojos muy abiertos. En lo que no repara el cámara es en que el director atiende a lo que capta su instrumento de trabajo con los ojos muy atentos. En lo que no repara el director es en la excesiva atención que pondrá cierto espectador concreto frente a lo filmado. En lo que no repara ese espectador es en que un vecino observa su silueta a contraluz de la emisión catódica de esa película desde la ventana de enfrente. En lo que no repara ese vecino es en que su hijo ha abandonado el juguete en el suelo sin razón aparente, y lo mira absorto. En lo que no repara el hijo es en que su madre lo vigila mientras empieza a sentir

los primeros vapores del sueño nocturno. En lo que no repara su madre es en que el café ya ha hervido del todo y se está desbordando la cafetera, poniendo las baldosas perdidas que, con tanto cariño, pintó a mano un ceramista que a los treinta años descubrió su vocación y abandonó su puesto en el banco. En lo que no repara el ceramista es en que su gato lo mira con ojos de pupilas finas pero dilatadas. En lo que no repara el gato es en que su cola se mueve al compás del péndulo del reloj de una cocina donde el olor a café está proscrito por motivos de moral ascética y salud mal entendida.

Se pierde aquí el hilo de esta breve conexión de miradas. Tampoco importa. Lo importante es que la persona que se hizo la dormida para que su pareja no descubriera que sabía que se había levantado a hurtadillas no soy yo, ni tú, ni tu vecino, ni su hijo, ni su esposa, ni el ceramista del suelo de tu casa, ni el gato del ceramista, ni el relojero que construyó el péndulo con el que un gato tiende a sincronizar espontáneamente el ritmo del movimiento de su cola. Lo importante es que la persona que se hizo la dormida es una especie de rencor amoldado en una maleta de cuero que viaja hacia un país que desconoce. Una maleta arrastrada por el suelo del aeropuerto porque la mano que la agarra no tiene suficiente fuerza para soportar todo su peso, porque está sangrando. Por dentro. Su herida es la incapacidad de drenar la sangre que debiera fluir hacia afuera. Su herida es que la sangre transita por un circuito donde, al pasar por uno de los ventrículos, descubre, por un momento, que, según la conciencia del organismo donde habita, es de color rojo. Y la sangre se pregunta qué significa la palabra “rojo”. Porque no conoce ninguna gama de colores para poder contrastar entre tonos que le permitan entender la peculiaridad que se designa con ese nombre. Porque esa sangre es ciega. No tiene ojos. Pero eso no importa porque ese despunte de conciencia que hace a la sangre saber que tiene una cualidad peculiar para la conciencia del organismo que la habita, dura sólo el instante en que la sangre pasa por ese ventrículo. Y luego la sangre vuelve a adquirir la normal ausencia de conciencia de su propia existencia, y del color que ésta toma para las pupilas que forman parte de unos órganos que no posee; y se reintroduce en el circuito sanguíneo hasta que irriga una

úlceras que la filtra parcialmente de una vena al estómago. Y ese organismo expulsa por fin esta noche esa sangre de su aparato digestivo por el ano. Viaja por las cañerías de la ciudad hasta desembocar en un lugar donde duermen ratas. Y una rata soñada por otra, avisa a la que duerme de que sucede algo extraño en ese lenguaje que permite comunicarse matizadamente a los roedores, y que los humanos no comprenden. Y la rata que duerme toma nota del aviso de forma nítida y clara, pero cuando despierta lo ha olvidado. Ese aviso era un nombre en clave. Un nombre referido a una persona que la rata no conoce, porque la rata ha pasado toda su vida en las cloacas y ni siquiera sabe de la existencia de seres bípedos.

El nombre soñado por la rata tiene relación directa con lo que sucedió en el banco nada más abandonar el ceramista su puesto de contable para realizar su auténtica vocación profesional. Vocación que aleteaba como si hubiera sido una mariposa respecto a un posible tornado en un sitio muy lejano, sólo que sus adornos recuerdan más a las fibras que componen las membranas de las alas de un murciélago. Cada noche las paredes de la casa donde vive la madre del vecino que observa al espectador que ve la película donde dos personajes se hacen los dormidos mientras tienen sus ojos abiertos al margen de la mirada de cada uno para engañarse mutuamente sobre su aparente sueño, reciben el rebote de una frecuencia que permite al radar de un murciélago orientarse esquivando obstáculos. Pero esa noche el murciélago cuyas alas contienen unas trazas fibrosas que recuerdan exactamente a los adornos característicos de una vocación, está despistado porque ha dormido poco. Y un coche lo atropella. El conductor se detiene y baja del automóvil para comprobar qué ha sucedido. Y no llega a saber que ha sufrido una colisión fortuita con un murciélago despistado porque el impacto ha sido tan intenso que, del murciélago, queda una mancha negra y grumosa como cualquier desperdicio arrojado al lugar donde duerme una rata que sueña con un nombre referido al individuo de una especie totalmente desconocida para ella. Sin embargo, viene a la mente del conductor sin motivo aparente algo que había tenido olvidado durante años. Su deseo de haber sido delineante, truncado

por cientos de pequeños avatares cotidianos ausentes de trascendencia por sí mismos. Pero que, combinados, construyeron una especie de gigante adentrándose desde las costas en la metrópoli rutilante y poblada de rascacielos milagrosos, con un fértil hervidero de vehículos regando las industrias situadas en su periferia, delimitando el perímetro de su todavía potencialmente luminoso futuro profesional en aquel momento. En la calle 35 de esa ciudad vivía una joven para la que el nombre soñado por la rata no era indiferente. En la calle 42 vivía un anciano que esperaba desde hace años a que llegara su hora por un tema que lo desahució espiritualmente, totalmente ajeno a la vocación del conductor que chocó con el murciélago cuyas alas gozaban de fibras que rememoraban más fielmente los adornos de una vocación que los colores del ala de una mariposa. En la calle 17, un niño se aburre e intenta pensar en cómo superar esa sensación, pero no se le ocurre que puede imaginar qué sucede con los individuos que viven otras calles de su misma ciudad. En la calle 21 una chica de 23 años imagina fugazmente a un niño aburrido mientras hace yoga. Esa calle está poblada por diseñadores de cajas para empaquetar el aburrimiento, pero sólo en el instante del día en que coincide que todas estas personas mencionadas realmente duermen. Quiero decir, realmente; el aburrimiento empaquetado se envía a lugares del mundo cuyo nombre empieza por la tercera letra del nombre soñado por la rata. La quinta letra de ese nombre se corresponde con el comienzo de un libro que trata sobre nuevas formas de superar limitaciones personales estableciendo analogías con el vuelo de los murciélagos. Hay un capítulo que se titula: “El mundo al revés, dormir boca arriba, dejarse caer al cielo antes de extender las alas justo para evitar que el salto a la estratosfera convierta el azul que endulza tu corazón y te hace sentir océano dentro de tu existencia, en millones de estrellas recordándote tu dimensión insignificante”. El autor quiso haber tratado también la cuestión del lugar exacto que ocupamos objetivamente en la realidad triangulando nuestra posición con la distancia de cada astro. Y no haberse referido sólo a sus tamaños mediante de la evidencia engañosa de aquellos mínimos resplandores.

**ANG
ST.¹⁹**



Puedes descargar más obras de esta colección en
cvlto.com/angst_19/#biblioteca